

EL DUQUE DE MONTPENSIER Y SUS ASPIRACIONES A LA CORONA DE ESPAÑA

M^a DEL CARMEN FERNÁNDEZ ALBÉNDIZ
Universidad de Sevilla

Desde la proclamación de Isabel II como reina de España en 1833 hasta su expulsión del territorio nacional en 1868, la corona española tuvo numerosos pretendientes. En primer lugar, el infante don Carlos, tío paterno de la reina-niña, que encabezó una facción monárquica opuesta al liberalismo triunfante desde la década de los treinta. Y, en segundo lugar, los diferentes aspirantes a su mano. Pero, sin duda, uno de los más destacados y pertinaces pretendientes a la corona fue su cuñado don Antonio de Orleans, duque de Montpensier.

Don Antonio entró a formar parte de la historia de España a través de su matrimonio con doña María Luisa Fernanda de Borbón y Borbón Dos Sicilias, princesa de Asturias. El enlace real se celebró en Madrid el 10 de octubre de 1846 y fue una doble boda real, ya que junto con don Antonio y doña Luisa Fernanda contrajeron matrimonio la reina Isabel II y su primo don Francisco de Asís, duque de Sevilla. Los matrimonios reales no se hicieron por amor, pues los intereses políticos, personales y de terceros países fueron los que determinaron los destinos de España y de las jóvenes princesas.

LAS BODAS REALES

La caída de Espartero, en agosto de 1843, y el intento de dar un nuevo rumbo a la situación política provocaron la proclamación de la mayoría de edad de Isabel II. Será a partir de esta fecha cuando se afronte abiertamente la búsqueda de un marido *conveniente* para la joven Reina y para la princesa de Asturias. Entre 1843 y 1845 surgieron varios candidatos pero ninguno de los aspirantes obtuvo el beneplácito de las dos principales potencias europeas: Inglaterra y Francia, llegándose a un punto muerto en el que ninguna de las candidaturas parecía llegar a buen puerto.

Es posible que fuese esta coyuntura la que impulsó a Luis Felipe y a la reina Victoria a reunirse en Eu en septiembre de 1845. Ambos monarcas se comprometieron al *désistement mutuel*, por el que aceptaban no presentar un candidato a la mano de la Reina¹. El acuerdo que se llevó a cabo sin la intervención del gobierno español, había sido fomentado y controlado por la diplomacia francesa y parecía estar encaminado a mantener el equilibrio europeo. Pero, en realidad, lo que hacía era impedir a la Reina de España su libre matrimonio con un príncipe extranjero al excluir a los infantes de las familias de Orleans y de Coburgo, si bien, habían convenido que el duque de Montpensier se podría casar con la Infanta Luisa Fernanda, aunque este enlace no podría verificarse hasta que la Reina tuviese descendencia².

Pero Luis Felipe perseguía algo más que un simple acuerdo con los ingleses para desbloquear la situación. En función de acontecimientos posteriores, Eu parece ser tan solo una artimaña del monarca francés para tranquilizar a los anglosajones, y apartar el interés de los ingleses del proyecto sobre el que realmente había puesto todas sus esperanzas. Una vez desechado Montpensier como candidato a la mano de la Reina por los numerosos inconvenientes que éste podía acarrear a Francia, el Rey aunó todas sus fuerzas para acercarse al trono de España a través de la princesa de Asturias. Con este fin, Luis Felipe concentró todas su ambiciones en el casamiento de su hijo Antonio con la infanta Luisa Fernanda, por él *renunció* a casar a la Reina con un príncipe francés, comprometiéndose, incluso,

¹ RENOUVIN, P., *Historia de las relaciones internacionales*, Madrid, Aguilar, 1960-1964, tomo I, p. 149.

² MIRAFLORES, MARQUES DE, *Memorias políticas para escribir la historia del Reinado de Isabel II*, Tomo II, Madrid, M. Rivadeneyra, 1873, p. 203.

a no celebrar el matrimonio entre don Antonio y la Infanta hasta que la Reina no se hubiese casado y tenido un hijo.

Indudablemente el interés del rey galo por casar a su hijo con la Princesa de Asturias debemos encuadrarlo dentro de la política dinástica de los Orleans. En este sentido, la política francesa en España no era más que una parte de un vasto diseño mediterráneo: la formación de una liga de Borbones de Francia, España y Nápoles, que constituiría un grupo de poder mediterráneo, destinado a poner en jaque la influencia austríaca en Italia y asegurar a la política francesa más independencia con respecto a Gran Bretaña³. Sin embargo, el monarca francés nunca reconoció la existencia de esta política:

«Yo hubiera podido poner en el trono de Bélgica a un hijo mío, y no lo hice por la misma razón; acaso habría podido casar otro con la Reina de España, y poner otro en Grecia; pero no quise justificar la acusación que me hacen, y todo porque, siendo el único Rey posible en Francia en 1830, alcé la corona que estaba en el suelo rodando y salvé la monarquía, y creo haber hecho la felicidad de la Francia. No puede ser, cher Marquis; yo me contento con la Infanta para Montpensier, esto sí; pero la Reina, imposible»⁴.

¿Porqué Luis Felipe renunció con tanta facilidad al matrimonio de la Reina con su hijo? El Rey era consciente de que el tratado de Utrecht coartaba las posibilidades de un matrimonio entre un príncipe francés y una reina de España. Acceder al casamiento de Montpensier con Isabel supondría romper el tratado y, por consiguiente, provocar un conflicto internacional a gran escala, situación que en estos momentos no interesaba a nadie. Este impedimento convertía a la Infanta Luisa Fernanda en el principal objetivo de Luis Felipe; además, para satisfacción del rey francés, en los informes secretos que se le había hecho llegar desde España, se ponía de manifiesto que la opción de la Infanta podría ser la más beneficiosa. En el dossier se hacía referencia a la frágil salud de la joven Reina, la cual no sólo sufría una clara obesidad, sino que además padecía ictiosis, enfermedad genética en la piel que le causaba serios problemas de salud. En cualquier caso, tan precaria situación física le dejaría incapacitada para dar un heredero al trono, lo que convertía a Luisa Fernanda en

³ RENOUVIN, P., op. cit., p. 151.

⁴ MIRAFLORES, MARQUES DE, *Memorias políticas para escribir la historia a del reinado de Isabel II*, op. cit., p. 217.

una más que posible futura reina de España. Esta, y no otra, era la meta de Luis Felipe y de su primer ministro, François Guizot⁵.

A la par que se celebraba la entrevista de Eu, el 3 de septiembre, la reina Isabel, la princesa de Asturias, la reina María Cristina y el primer ministro Narváez llegaban a Pamplona para reunirse con dos de los hijos de Luis Felipe, el duque de Nemours y el duque de Aumale. Las conversaciones tuvieron un carácter estrictamente privado, y no se dio sobre su contenido ningún comunicado oficial. Tampoco parece que se suscribiese documento alguno, pero la opinión general, tanto de la prensa de la época como de la historiografía, es la de que en Pamplona se trató, y hasta se acordó, el matrimonio de la Infanta Luisa Fernanda con el duque de Montpensier. En definitiva, la reunión de Pamplona no fue más que una ratificación de lo que durante su exilio en Francia habían acordado María Cristina y Luis Felipe personalmente.

En julio de 1846, la situación era tan crítica y la tensión existente tan alta, que M^a Teresa Puga no vacila en calificar los meses de julio a septiembre como «período de crisis internacional», provocada por el asunto de las Bodas Reales españolas⁶. Sin embargo, en estas fechas, los candidatos ya estaban escogidos; ahora sólo quedaba la aceptación de todas las partes implicadas. Con este motivo, Guizot escribía a Bresson el 5 de Julio de 1846:

«Nada de frases, mi querido conde. Los hechos nos apremian. Os envió la contestación de la reina Cristina a la carta del rey sobre los últimos incidentes relativos al casamiento... ella vuelve a poner en escena como pretendientes de sus hijas a los dos hijos de don Francisco de Paula. Separa a don Enrique como no valiendo nada política ni personalmente, y entreabre la puerta para el duque de Cádiz, aunque diciendo que no es del agrado de su hija y que ella no quisiera obligarla. Entrad, pues, sin titubear por la vía que el duque de Riansares os ha abierto el 28 de junio último: el duque de Cádiz para la reina y el duque de Montpensier para la Infanta. En sí, esta solución nos conviene; dado el estado en que están las cosas es la más fácil, la más rápida y la más segura»⁷.

La suerte ya está echada. Bresson trabajaba ahora cerca de María Cristina para que aceptase y convenciese a la Reina, que será

⁵ SAGRERA, A., *La Reina Mercedes*, Madrid, Compañía Literaria, 1995, (2ª edición), p. 21.

⁶ PUGA, M.T., *El matrimonio de Isabel II*, Madrid, Rialp, 1964, p. 258.

⁷ LUZ, P., *Isabel II, Reina de España*, Barcelona, Juventud, 1937, p. 121.

la única gran perjudicada en todo este asunto. A Isabel le repugnaba su primo: a ella que tanto le gustaban los «militares bonitos», se le quería casar con un príncipe que, según se decía, era lo menos parecido a un hombre. Pierre Luz lo define así:

«Francisco de Asís pertenece a esa categoría de hombres bien determinada, y de la que sólo se encuentra un representante ilustre en la casa de Borbón, el hermano de Luis XIV. Pequeño, delgado, de gesto amanerado, de voz atiplada y andares de muñeca mecánica. En la intimidad le llamaban Paquita. Le gustaban los baños, los perfúmenes, las joyas y las telas finas»⁸.

El acuerdo de Eu quedaba roto y se ponía fin a la *Entente Cordiale*. A pesar de este hecho, la boda de don Antonio y doña Luisa Fernanda fue un triunfo de la diplomacia francesa sobre la británica.

La unión de Montpensier con la princesa de Asturias era, cuando menos, una combinación arriesgada que acabaría, con el devenir del tiempo, poniendo en peligro la estabilidad de la propia monarquía española. Años más tardes la infanta Eulalia, hija menor de la reina Isabel, escribía en sus Memorias:

«El duque de Montpensier... se había casado con Luisa Fernanda con la idea de llegar a ser Rey consorte. Bodas de interés, un poco atropellada la mis tíos, comprometidos sin conocerse y casados antes de haber podido cruzar una sola palabra, puesto que ni Montpensier conocía el castellano, ni tenía Luisa Fernanda noción alguna de francés. Por otra parte mi tía sólo contaba 14 años de edad el día de sus esponsales y había dejado apenas sus infantiles diversiones para casarse. No fue una luna de miel muy divertida ni muy placentera lo que pasó bajo el ardiente cielo de España el hijo de Luis Felipe, el Rey burgués bien amado de los franceses»⁹.

* * *

Una vez concluido los festejos nupciales, Luisa Fernanda y su flamante marido partieron hacia la capital gala donde pensaban establecer su hogar. ¿Porqué la heredera de la corona de España marchó a vivir a París? Lo normal hubiese sido que la princesa de Asturias y su esposo permaneciesen en territorio español, ejerciendo las funcio-

⁸ LUZ, P., op. cit., p. 84.

⁹ LAMAR SCHWEYER, A., *Memorias de Doña Eulalia de Borbón, Infanta de España*, Barcelona, Juventud, 1935, p. 23.

nes que correspondían a su posición. Además, si la salud de la Reina era tan precaria como se pensaba, lo lógico hubiese sido que la Infanta permaneciese en Madrid. Dos son los factores que quizás condicionaron la salida de España de Luisa Fernanda. En primer lugar, la boda de la Infanta con el duque de Montpensier había creado un fuerte malestar entre gran parte de la clase política española, incluido los carlistas y un numeroso grupo de liberales, que se mostraban inquietos con el enlace. Todo ello colocaba a la princesa de Asturias en una difícil situación en su propia corte. En segundo lugar, Luis Felipe, quería evitar que el malestar internacional aumentase al permanecer Montpensier cerca de Isabel II; si los Montpensier vivían en Francia, no se le podría acusar de intentar interferir en los asuntos de España a través del Duque.

Los Duques permanecieron en París hasta que la revolución de 1848 expulsó a la familia de los Orleans del país vecino. Hasta ahora don Antonio parecía estar feliz con su lujosa y ociosa vida parisina, mientras que las aspiraciones orleanistas a la corona española parecían haberse enfriado.

LA VUELTA A ESPAÑA

El 2 de abril de 1848 el vapor holandés *Batavia* traía de nuevo a España a los duques de Montpensier. San Sebastián recibía envuelto en nubes y bajo una fina lluvia a los príncipes desterrados. Cerca de veinte meses habían pasado desde las Bodas Reales. Los Duques, después de un cansado viaje en silla de posta por los áridos campos de Castilla, entraban en Madrid el día 7 de abril. Los Reyes y la Reina Madre salieron a recibirlos a Fuencarral¹⁰.

En casi dos años, el círculo cortesano que rodeaba a la Reina había cambiado. Isabel tenía un nuevo grupo de amistades que la arropaban, entre ellas su prima y cuñada la infanta Pepita. Para doña Luisa Fernanda fue una honda desilusión comprobar estos nuevos cambios. En este tiempo la Reina y la Infanta se habían convertido en dos extrañas, ya no eran aquellas jovencitas que se despidieron con lágrimas y promesas en una mañana de octubre de 1846. Sin embargo, la nueva camarilla no era el principal obstáculo entre los Duques y la Reina: su gran enemigo era el gobierno de Narváez. El Gabinete no estaba dispuesto a que Montpensier actuase como príncipe de

¹⁰ SAGRERA, A., op. cit., pp. 65-67.

Asturias e intentase intervenir en los asuntos de Estado, por ello, a la semana de estar instalados en Madrid, se les «invitó» a trasladarse al Real Sitio de Aranjuez.

La dote de doña Luisa vino a complicar aún más la situación. Las particiones de la herencia de Fernando VII, que se debían de haber realizado después de las Bodas Reales, no se habían efectuado, todavía, a la vuelta de los Duques. Don Antonio había pedido que desde el día de su enlace cesase para la Infanta la dotación de 2.000.000 de reales que disfrutaba como princesa de Asturias, y la de 1.000.000 como infanta de España. Ahora la situación había cambiado, la expulsión de los Orleans de Francia y la confiscación de los bienes familiares obligó a los Montpensier a pedir la parte de la herencia que les correspondía. El patrimonio se estimaba en unos 57.000.000 de reales entre joyas, fincas y dinero¹¹.

Pero Aranjuez continuaba estando «demasiado» cerca de la capital y de la Reina. Así, una vez más, el gobierno volvió a sugerir la conveniencia de una nueva residencia para don Antonio y doña Luisa Fernanda más alejada de la corte. Esta vez se buscó un emplazamiento lo suficientemente lejos para que no pudiesen acudir a Madrid con frecuencia y con este fin se nombró Sevilla como residencia oficial de los duques de Montpensier. Sevilla no fue, por tanto, una elección de los Duques sino una imposición del gobierno. En poco más de tres meses, don Antonio y doña Luisa Fernanda habían sufrido cinco cambios involuntarios de residencia: París, Londres, Madrid, Aranjuez, Sevilla. Nadie parecía querer tener cerca a la princesa de Asturias y a su molesto esposo.

EL EJE MADRID-SEVILLA

El establecimiento de los duques de Montpensier en Sevilla vino dado, como hemos visto, por el deseo del gobierno de apartar a la princesa de Asturias y a su esposo de la corte de Madrid. Posiblemente fue un error del gabinete Narváez; alejándolos de Madrid podían evitar su participación directa en los asuntos de Estado, pero, con el tiempo, les permitiría agrupar en torno a su persona a todos los descontentos con el gobierno. Así, pudieron crear su propio grupo de adeptos con los que conspirar contra la Reina.

¹¹ SAGRERA, A., op. cit., p. 60.

Don Antonio es descrito por su sobrina-nuera la infanta doña Eulalia de Borbón como «un hombre culto, personalmente atrayente, simpático, enormemente rico, gran señor sin alarde y ducho en ambicionar sin límite». Para doña Eulalia, el hecho que convirtió a don Antonio y a doña Luisa Fernanda en cabeza visible del movimiento contra Isabel II fue el nacimiento, el 28 de noviembre de 1857, de don Alfonso, futuro rey de España. Con él, las aspiraciones al trono de los Montpensier se vieron frustradas, al menos, por la vía legal¹².

Aun habiendo sido apartados de la Corte, los Duques permanecían bien informados de todo cuanto acontecía en la capital del Reino a través de los políticos y altos cargos de la administración y el ejército que acudían a Palacio invitados por los Montpensier. Eran años en los que, a pesar de las diferencias que siempre hubo entre la Reina y sus hermanos, todos parecían entenderse. Hasta ahora, la Reina había distinguido al Duque nombrándolo Capitán General de los Ejércitos en 1858 e Infante de España en 1859¹³. Pero al mismo tiempo, todos estos honores no podían ocultar la desconfianza que sentía la Reina hacia don Antonio. En noviembre de 1859, el Duque, como Capitán General del Ejército, pidió a la Reina que le dejase participar en la guerra de Marruecos. Isabel rechazó amablemente el ofrecimiento de su cuñado¹⁴. Lo último que necesitaba la Reina era que Montpensier se convirtiese en un nuevo duque de la Victoria.

Ya en 1864, Narváez se intraquilizó al conocer las distinciones de que el Infante hacía objeto a todos los hombres públicos desterrados por el gobierno a su paso por Sevilla. Políticamente, Montpensier había mostrado sus preferencias por los liberales, mientras que la Reina se había decantado por el apoyo incondicional hacia los moderados. Es difícil discernir, con la información de que hasta ahora disponemos, quien buscó el apoyo de quien, si don Antonio de los unionistas o éstos el de don Antonio; el hecho es que ninguno de los dos ocultaban su malestar por la política isabelina y ambos querían ponerle fin.

Progresistas y demócratas firmaron, en agosto de 1866, el Pacto de Ostende sobre la base del destronamiento de Isabel II y la creación de unas Cortes elegidas por sufragio universal, que, con carácter constituyente, fijaran el camino concreto del futuro régimen español. Después de la muerte de O'Donnell, en noviembre de 1867, los

¹² LAMAR SCHWEYER, A., *op. cit.*, p. 23.

¹³ *La Gaceta de Madrid*, 16-10-1859.

¹⁴ *El Porvenir*, 2-11-1859.

unionistas se adhirieron al Pacto de Ostende. Era una magnífica alianza: los progresistas aportaban el apoyo popular, los demócratas las ideas y los unionistas la fuerza militar.

En noviembre de 1866, ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos, la Infanta, aconsejada por su marido, marchó precipitadamente a Madrid para asesorar a su hermana, a pesar de encontrarse delicada de salud. El cónsul francés en Cádiz, Gustave Pierre Louis Benedetti, sospechaba que doña Luisa Fernanda fue a proponerle que abdicase en favor del príncipe de Asturias y que nombrase un regente hasta la mayoría de edad de don Alfonso. En realidad, el más firme candidato a la regencia no era otro que don Antonio. El viaje de la reina María Cristina a Madrid parecía darle cierta consistencia a dicho rumor¹⁵. Sea cierto o no, el hecho es que doña Luisa Fernanda marchó a la Corte para intentar convencer a la Reina de que diese un cambio drástico a su política. Isabel vio en la advertencia de su hermana una injerencia inexcusable por parte de los Montpensier en los asuntos de Estado y así se lo hizo saber a la Infanta, que volvió a Sevilla sin haber conseguido nada de la Reina.

La visita marcó el punto de ruptura, sino formal sí real, entre Madrid y Sevilla. Desde entonces se hablará, con más insistencia que nunca, de la existencia de dos cortes en España: Madrid aferrada al partido conservador, apresando y exiliando a todo elemento que se opusiese al Régimen, y Sevilla, recibiendo a todos los descontentos con el gobierno y contando con el apoyo de los políticos y militares de la Unión Liberal.

En enero de 1867 el Duque envió a Cádiz un oficial de su Casa para asegurarse de su parte a don Antonio Ríos Rosas, ex-presidente del Congreso de los Diputados, y a sus compañeros de exilio antes de su partida para el destierro canario¹⁶. La conspiración ya no se hacía solapadamente, sino a la luz del día. San Telmo se convirtió en lugar de cita de todos los enemigos del régimen isabelino.

La Reina no permanecía ajena a las actividades de su cuñado. El duque de Lema asegura que Isabel envió una carta a su hermana en la que le reprochaba el calor con que acogían a los adversarios del gobierno y las ostensibles demostraciones de simpatía que les prodigaban. Al parecer, don Antonio se sintió muy ofendido por esta actitud

¹⁵ ARCHIVES DIPLOMATIQUES DE NANTES (ADN), *Consulat de Cadix*, Carton N° 133, 11-11-1866.

¹⁶ ADN., *Consulat de Séville*, Carton N° 16, 13-1-1867.

de la Reina, que no admitió réplica alguna¹⁷. La situación era tan tensa que el periódico *L'Independence Belge* hablaba, en enero de 1867, de una orden de Isabel II en la que pedía a los duques de Montpensier que abandonasen el territorio español. Tal orden no se llegó a dar, aunque el tema se debatió acaloradamente en el Consejo de Ministros, incluso se reclamó la presencia en Madrid del Gobernador Civil de Sevilla¹⁸. El cónsul francés Benedetti cree que la orden no se dio por temor a que con esta medida el Duque consiguiese más popularidad. Por otro lado, recoge la posibilidad, aunque la considera muy extraña, de que la orden se suspendiese al conocerse el delicado estado de salud de Napoleón III y, con ello, la eventualidad de una posible vuelta de los Orleans al trono de Francia.

La crispación política y social se hacía cada vez más evidente. Don Antonio, consciente de esta crítica situación, se mantuvo muy activo durante todo el invierno del 68. El 17 de enero recibía la visita del general don Fernando Fernández de Córdoba, marqués de Mendigorria. Fernández de Córdoba, en virtud de lo tratado por él con los generales Serrano y Dulce y cincuenta oficiales más, en el otoño de 1867, le ofrecía la corona de España a la Infanta y a su esposo, en caso de que ésta quedase vacante. El marqués de Mendigorria asegura en sus *Memorias* que los Montpensier le escucharon con suma cortesía, pero no le dieron respuesta alguna. El General atribuye esta actitud «al inmenso compromiso moral que le creaba aquella grave posición, que iba a determinar en él un conflicto entre sus deberes de familia y las obligaciones suyas y de su augusta esposa para con la patria y la dinastía»¹⁹.

Resulta difícil creer que un hombre de la posición de Fernández de Córdoba desconociese que el Duque, cuando menos, desde hacía un año, estaba reclutando adeptos a su causa. Con esta postura, Mendigorria tan sólo intentaba salvar la imagen de los duques de Montpensier y la suya propia.

* * *

Un nuevo motivo de distanciamiento entre Madrid y Sevilla fue la boda de la infanta Isabel Francisca con el príncipe don Cayetano

¹⁷ LEMA, MARQUÉS DE, *De la Revolución a la Restauración*, T. I, Madrid, Voluntad, 1927, p. 115.

¹⁸ ADN., *Consulat de Cadix*, Carton N^º 135, 31-1-1867.

¹⁹ FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, F., *Mis memorias íntimas*, tomo II, Madrid, Atlas, 1966, p. 342.

María Federico de Borbón, conde de Girgenti, que iba a celebrarse en mayo de 1868. Las relaciones entre los Duques y la Reina estaban tan deterioradas que temieron no ser invitados a la boda. La invitación llegó al fin, pero lo hizo más tarde de lo debido. Para muchos este viaje podría ser una buena ocasión para que se produjera un acercamiento entre la Reina y sus hermanos. El cónsul Benedetti afirma que desde la muerte de O'Donnell y Narváez, los Infantes habían buscado -aprovechando la conmoción causada por desaparición de estos dos grandes hombres de Estado- variar la postura que habían mantenido desde hacía algún tiempo, intentando dar a sus relaciones con la Corte un carácter menos tenso²⁰.

El 12 de mayo, los Montpensier partían hacia Madrid para asistir al regio enlace. Se comentaba que la Infanta, siempre aleccionada por don Antonio, aprovechó la ocasión para hablar a la Reina de la necesidad de alejar del gobierno a Marfiori, que «se había hecho repulsivo al país» a González Bravo, que «concitaba el odio de todos los partidos liberales contra su persona», y a las camarillas que se habían apoderado de Palacio y del gobierno de la Nación. La Infanta sugirió a la Reina que debía cambiar por completo de política, adoptando un sistema más expansivo en sentido liberal y más en armonía con el Régimen Constitucional²¹. Ciertamente, estos consejos no debieron sentar muy bien a Isabel II que, sabedora de los manejos de su cuñado, no aceptó las sugerencias de su hermana: habían sido invitados a la boda por pura cortesía, pero nada más. Isabel no estaba dispuesta a perdonarlos y aún menos a escuchar sus consejos.

A finales de mayo los Duques regresaron a Sevilla trayendo una penosa impresión de su estancia en la Corte y resueltos, más que nunca, a destronar a Isabel II. La infanta Eulalia afirma que la aventura costó a su tío 16.000.000 de francos, según le confesó el mismo Duque años más tarde²².

A principios de julio, el gobierno sabía perfectamente quienes eran los dirigentes de la revolución. En un intento desesperado por controlar a los revolucionarios se realizaron un gran número de detenciones, entre ellos, el de numerosos oficiales pertenecientes en su mayoría a la Unión Liberal. Los generales Dulce y Serrano fueron transferidos a Cádiz y encerrados en el fuerte de esta plaza. Algunos prisioneros políticos fueron trasladados a las Islas Canarias y otros

²⁰ ADN., *Consulat Séville*, Carton N° 16, 11-4-1868.

²¹ GUICHOT, J., *Historia de la Ciudad de Sevilla ...*, op. cit., p. 280.

²² LAMAR SCHWEYER, A., op. cit., p. 24.

fueron internados en residencias del interior de la Península²³. El golpe de gracia pretendió darse con la expulsión de España de los duques de Montpensier. El día 7 de julio, a través del general Lassalla, Capitán General de Andalucía, se les comunicó su expulsión:

«Sermos Sres: De algún tiempo a esta parte tiene el gobierno de S.M. noticia, y en el público cunde la idea, de que se intenta subvertir el orden político garantizado por las instituciones fundamentales del reino, tomando el nombre de V.V.A.A. como enseña de propósitos revolucionarios y término de maquinaciones, que la autoridad tiene el deber sagrado de impedir. Lejos está del ánimo de S.M. y de su Gobierno el suponer que V.V.A.A. hayan consentido que se abuse de la alta jerarquía en que se hallan, como Príncipes de la Real Familia, para quienes la lealtad y la sumisión a la ley del Estado y al gobierno legítimo de la Reina es más que para todos los súbditos obligatorio. Por lo mismo considerando que la permanencia de V.V.A.A., en España, cuando semejante conspiraciones se procuran y avalarán, puede contribuir de alguna manera a fomentarla por intrigas y sugestiones extrañas a su deseo, la Reina nuestra señora (q.d.g.) de acuerdo con el dictamen del Consejo de ministros, se ha servido resolver que V.V.A.A. salgan de la Península en el más breve plazo posible y fijen su residencia fuera de los dominios españoles, donde a V.V.A.A. conviniera, hasta tanto que, desengañados por la represión y el escarmiento los agitadores que así comprometan altos nombres y respetables intereses cese la ocasión que hoy pone al Gobierno de la Reina en la dolorosa necesidad de adoptar esta medida. Tengo el honor, etc. Madrid 7 de julio de 1868. Firmado González Bravo, Presidente del Gobierno»²⁴.

De nuevo el exilio. El día 16 de julio de 1868, el *Villa de Madrid* esperaba a la altura de la barra de Sanlúcar la llegada de los duques de Montpensier y esta vez no era por causas ajenas a los Príncipes. La Reina les expulsaba por conspirar para derrocarla y quitarle la corona, aunque, como hemos visto en el decreto de expulsión, tales acusaciones no se formularon abiertamente.

De cualquier forma, la expulsión de los Montpensier no puso fin a las aspiraciones de don Antonio a la Corona. Entre julio de 1868 y marzo de 1870, el Duque luchará con ahínco para conseguir sentarse en el Trono de España, bien como rey consorte, bien como rey de pleno derecho bajo el título de Antonio I, utilizando para ello su posi-

²³ ADN., *Consulat de Cadix*, Carton N^º 135, 10-7-1868.

²⁴ GUICHOT, J., op. cit., p. 283.

ción de infante de España y marido de la infanta Luisa Fernanda y, como no, su inmensa fortuna.

LA GLORIOSA

A pesar de los deseos del Gobierno de que los Duques saliesen de España de la manera más silenciosa posible, todo el pueblo de Sanlúcar y un numeroso grupo de personas venidas de Sevilla se concentraron en el puerto para despedir con vítores y aclamaciones a los Orleans²⁵.

El 15 de julio, Juan Bautista Topete, jefe del apostadero de Cádiz y capitán de la fragata *Villa de Madrid*, fue el encargado de trasladar a los Montpensier a Lisboa. El Brigadier aseguró al Duque que, a una palabra suya, el Capitán General sería hecho prisionero y el buque pondría rumbo a las Canarias para recoger a Serrano y a los demás jefes desterrados. Pero Montpensier prefirió esperar una mejor ocasión y marchar a la corte lusitana, con cuyo rey mantenía una buena amistad²⁶. Sin embargo, en Portugal los Infantes no fueron recibidos como esperaban. El rey Luis aconsejó al Duque que partiesen hacia Inglaterra, Génova o Madeira, ya que los Embajadores de España y Francia le habían rogado oficiosamente que no les diese hospitalidad, pero don Antonio no quería marcharse. El gobierno portugués, después de algunos días, decidió concederles la hospitalidad solicitada, lo que provocó las iras del gobierno de Madrid²⁷. El mismo día de su llegada al país vecino don Antonio envió una carta de protesta a la Reina acusándola de haberlos expulsados ilegalmente del país, y en la que, sutilmente, le sugería que ellos no eran, precisamente, los causantes de los males de España²⁸.

Finalmente, ni el exilio de los Montpensier ni el de los militares unionistas frenó la revolución. El almirante Topete concentró en aguas de la bahía de Cádiz a las fragatas *Zaragoza*, *Tetúan*, *Villa de Madrid* y *Lealtad*; los vapores *Ferrol*, *Vulcano* e *Isabel*; las goletas *Edetana*, *Santa Lucía*, *Concordia* y *Ligera*, y varios transportes más. En la madrugada del día 17 el general Prim llegaba a Cádiz desde Inglate-

²⁵ ADN, *Consulat de Séville*, Cartoné N°16, 3-8-1868.

²⁶ ARONSON, T., *Venganza Real. La corona de España 1829/1968*, Madrid, Grijalbo, 1968, pp. 113-114.

²⁷ SAGRERA, A., op. cit., p. 132.

²⁸ GUICHOT, J., *Historia de la ciudad de Sevilla ...*, op. cit., 284-286.

rra, junto con Sagasta y Ruiz Zorrilla para unirse a Topete y hacerse cargo de *La Gloriosa*. Prim decidió no esperar la llegada del *Buena-ventura*, que había sido fletado con dinero del Duque para traer de Canarias a los generales Serrano y Dulce y a los demás militares exiliados.

Al amanecer del día 18, la fragata *Zaragoza* iniciaba la revolución disparando una salva de 21 cañonazos. Tras la llegada de Serrano y la aceptación por éste de las ideas de Prim se publicó la proclama redactada por Adelardo López de Ayala dirigida a los españoles y que terminaba con el grito de *¡Viva España con honra!*²⁹. Mientras, don Antonio permanecía en Lisboa, expectante ante las noticias del inicio de la revolución pero sin decidirse a intervenir directamente. Posiblemente fue un error de Montpensier. En este punto, coincidimos con la opinión de Theo Aronson: si Montpensier hubiese estado en el país, la revolución, seguramente, hubiese sido suya³⁰.

Sevilla se sublevó el día 19, y los diferentes pueblos y ciudades inmediatas de Andalucía secundaron rápidamente el movimiento³¹. El 28 tenía lugar la acción del Puente de Alcolea, que ponía fin a la escasa resistencia prestada por las tropas leales a Isabel II. La familia real atravesaba la frontera francesa en la tarde del 30 de septiembre de 1868. El trono de España estaba vacante, y don Antonio pensó que por fin había llegado su hora.

LOS ENEMIGOS DEL DUQUE

Pero, ¿cuál era realmente la situación del Duque de Montpensier? En los últimos años don Antonio había creado su propio partido, formado, fundamentalmente, por militares pertenecientes al unionismo, como el duque de la Torre, Francisco Serrano Bedoya, Domingo Dulce, Ramón Nouvilas, Rafael Izquierdo, Juan de Zabala, Antonio Ros de Olano, Antonio Caballero y Fernández de Rodas o Fernando Fernández de Córdoba; políticos de la talla de Manuel Silvela y Anto-

²⁹ BARBADILLO, M., *El Duque de Montpensier y su mundo político, (1824-1890)*, Jerez, Centro de Estudios Históricos Jerezanos, 1977, p. 118.

³⁰ ARONSON, T., op. cit., p. 114.

³¹ Una detallada descripción de la sublevación en Sevilla la podemos encontrar en GUICHOT, J., *Historia de la ciudad de Sevilla...*, op. cit., y en LEIVA MUÑOZ, *La Batalla de Alcolea o memorias políticas y militares de la revolución española de 1868*, Córdoba, 1879.

nio Ríos Rosas; o periodistas como Juan Alvarez de Lorenzano³². Las causas por las que estos hombres se reunieron en torno a la figura del Duque son varias, entre ellas podemos destacar el hecho de estar casado con la infanta Luisa Fernanda, su talante liberal y por último, aunque no menos importante, su cuantiosa fortuna, que podía dar el respaldo económico imprescindible para el triunfo de la revolución.

Así fue, el Duque financió periódicos que dinamitaban la ya de por sí endeble situación de Isabel II y que lo presentaban a él y a la Infanta como los únicos posibles salvadores del Trono y de España; concretamente, para apoyar su candidatura don Antonio fundó cuatro periódicos: El Trono, Don Carlos, El Grito de España y el Flaco³³; además, contó con el apoyo de *Novedades*, *El Progreso* y *El Centinela del Pueblo*, entre otros³⁴. Igualmente, con su dinero se compraron adeptos a la causa revolucionaria y, llegado el momento, se costeó la vuelta a España de los militares exiliados. Pero todas estas inversiones, cuidadosamente planificadas por don Antonio, no contaron o simplemente subestimaron otros factores.

El primer factor con el que no contó el Duque fue con la postura de Prim. El General se mostró al principio ambiguo; por un lado, nunca manifestó abiertamente su apoyo a la candidatura de la Infanta, pero, por otro, tampoco rechazaba el dinero de su marido. Desde su destierro inglés, tras el fallido intento de 1866, el marqués de los Castillejos solicitó a don Antonio unas cincuenta mil libras esterlinas para financiar el levantamiento. Montpensier le remitió tan sólo cuatro mil y ante la protesta de Prim terminó enviándole ocho mil y, posteriormente y con toda seguridad, muchas más³⁵. Ciertamente, el Infante pensó que con este dinero estaba comprando al General, pero el conde de Reus tenía su propio juego.

En agosto de 1868, *de paso* por Vichy mantuvo una conversación con el enviado especial de Napoleón III. La Valette le comunicó a Prim que el Emperador se mantendría neutral siempre que no intentaran coronar rey al duque de Montpensier o convertir España en una República³⁶. En septiembre, desde Portugal, don Antonio envió a Londres a su ayudante, Solís y Campos, en un barco fletado ex profeso

³² BARBADILLO, M, op. cit., pp. 67-83.

³³ *Ibidem*, p. 166.

³⁴ *El Porvenir*, 9/20-12-1868.

³⁵ ARONSON, T., op. cit., p. 113.

³⁶ ALBEROLA FIORAVANTI, M. V., *La Revolución de 1868 y la prensa francesa*, Madrid, Nacional, 1973, p. 96.

para la ocasión, con el fin de traer a Prim a España y negociar una posible proclamación de la infanta Luisa Fernanda³⁷. Prim no aceptó el barco, ni quiso comprometerse con el Duque, comunicándole a Solís que su intención era ir a las Cortes Constituyentes para que éstas decidiesen la suerte de España³⁸. De cualquier forma don Antonio no se dio por vencido y tras la llegada de Prim a España le escribió una carta, en tono bastante adulator, en la que tanto él como la Infanta se adherían a su proclama de *libertad, orden y honra*³⁹. Prim, en realidad, era partidario del proyecto iberista que tenía como candidato a don Fernando Coburgo, rey viudo de Portugal. La candidatura de don Fernando contó, durante cierto tiempo, no sólo con el apoyo de Prim y de los progresistas, sino también con el beneplácito del propio Napoleón III. Esta situación enturbió las buenas relaciones que, hasta el momento, don Antonio había mantenido con el monarca lusitano. De hecho, el Duque llegó a lanzar duros ataques contra su antiguo amigo, incluso financió en el mismo Portugal un periódico llamado *El Incoloro*, que recogía cuantos rumores circulaban sobre los amores del rey viudo con una artista de teatro⁴⁰.

Tampoco esperaban encontrarse con la rápida claudicación a la postura de Prim de muchos personajes, que hasta el momento de la Revolución se habían mostrado firmes defensores de la candidatura de los Duques a la Corona. El primero en ceder ante Prim fue Topete. El Almirante era un decidido partidario de la candidatura montpensierista y de hecho se había revelado para proclamar reina a Luisa Fernanda, pero Prim lo convenció de que ése era un tema secundario que se debería discutir cuando se formasen las Cortes. El general Serrano, que se había comprometido con la Infanta y don Antonio y había aceptado de manos de éste 3 millones de reales para hacer la revolución, también terminó por aceptar las exigencias de Prim.

Como ya hemos visto, Napoleón III fue otro de los grandes personajes hostiles a las aspiraciones del duque de Montpensier, aunque tampoco simpatizaba con Isabel II. Su última entrevista había tenido lugar en 1865 con motivo de la querrela mexicana y al parecer no fue

³⁷ ESPADAS BURGOS, M., *Alfonso XII y los orígenes de la Restauración*, Madrid, CSIC, 1990, p. 170.

³⁸ BENALUA, CONDE DE, *Memorias*, Madrid, 1924.

³⁹ BERMEJO, I. A., *Historia de la interinidad y guerra civil de España desde 1868*, Madrid, R. Lagajor, 1875-1877, tomo I, p. 294.

⁴⁰ VV.AA., «Revolución y Restauración 1868-1931», *Historia General de España y América*, Madrid, Rialp, 1981, tomo XVI-2, p. 187.

muy amistosa. En el verano del 68 la Soberana quiso entrevistarse de nuevo con Napoleón para hablar sobre la revolución que la amenazaba, pero el Emperador se negó a ver a la Reina. Entre las causas de esta negativa encontramos el acercamiento de Napoleón a la postura de Prim. Además, los grandes capitalistas franceses, que ejercían un gran poder en las Tullerías y cuyos negocios veían peligrar en la España isabelina, influyeron poderosamente para que el monarca favoreciese la caída de Isabel II, convencidos de que el nuevo gobierno daría, al fin, las subvenciones prometidas a las compañías de ferrocarriles⁴¹. Pero, sobre todo, en esta enemistad debemos ver un interés puramente dinástico: don Antonio era miembro de una de las familias destronadas de Francia y, por lo tanto, eterna candidata a la corona francesa; un Orleans en el trono de España era una amenaza al trono de Napoleón. Así lo entendió Eugenia de Montijo en su entrevista con don Patricio de la Escosura, que había sido enviado por el general Dulce para sondear a la Emperatriz, ésta, airada, le dio a entender que los conspiradores podían pensar en cualquier candidato menos en el duque de Montpensier⁴².

Quizás no tan poderoso, pero sí mucho más influyente en la opinión pública sevillana, fue don Antonio Machado. Rector de la Universidad de Sevilla, hombre destacado del partido progresista y uno de los hombres más prestigiosos dentro del mundo cultural sevillano, se definió pronto como un decidido antimontpensierista y con él la mayor parte del progresismo sevillano⁴³.

Pero, posiblemente, el antagonista más exacerbado de don Antonio fue don Enrique de Borbón, duque de Sevilla. La enemistad surgida en el liceo francés se acrecentó con los años y, sobre todo, con la boda de la Infanta y el Duque. El hermano del Rey se había convertido en la oveja negra de la casa de Borbón; liberal exaltado, no perdía la ocasión para enfrentarse a los sucesivos gobiernos de la Reina. Por lo demás, el duque de Sevilla apenas participó en la Revolución del 68. La desconfianza que, tanto a Prim como a los demás revolucionarios, provocaba la inestabilidad política de don Enrique motivó que no se contase con él, a pesar de los contactos que el hermano del Rey mantuvo con el marqués de los Castillejos⁴⁴.

⁴¹ LUZ, P., op. cit., p. 219.

⁴² BERMEJO, I., *Historia de la interinidad y guerra civil de España desde 1868*, Madrid, edit. R. Labajor, 1875-77 t. I, p. 61

⁴³ ADN., *Consulat de Séville*, Carton N°16, 13-3-1870.

⁴⁴ RODRÍGUEZ MARIBONA, M., *El Ducado de Sevilla*, Madrid, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1992, p. 96.

El destronamiento de Isabel II y la candidatura de Montpensier a la Corona agudizó las diferencias entre don Antonio y su primo. Desde el exilio, el Infante publicó en el diario parisino *La Liberté* una carta dirigida *A los Señores del Gobierno Provisional*, escrita en términos muy violentos contra el duque de Montpensier:

«... cuando hago el estudio de este extranjero príncipe, por los demás sin energía reconocida y sin elevación de carácter, y que yo reconozco que está de tal manera henchido de vanidad y de egoísmo que se figura que todo se le debe y que nadie en el mundo puede rehusar al honor insigne de llegar a ser su cortesano; cuando su desmesurada codicia aceptó con efusión los dones y favores de Isabel II; cuando ingrato y felón trabajó al propio tiempo para usurpar el puesto de sus bienhechores...»⁴⁵.

La vuelta de don Antonio a España y el auge que tomó su candidatura, a principios de 1870, llevaron a don Enrique a publicar un nuevo Manifiesto aún más virulento que los anteriores. En marzo, en el diario *la Epoca*, el duque de Sevilla escribía la proclama titulada «*A los Montpensieristas*»⁴⁶. Esta vez, don Antonio creyó que la ofensa era demasiado pública y contundente como para no exigir una rectificación o una reparación por las armas. Triste y romántico sentido del honor el del duque de Montpensier, ya que don Enrique se negó a rectificar, fijando las condiciones del combate en arma de fuego, a diez metros, avanzando y a primera sangre. Don Antonio aceptó⁴⁷. Los generales Fernando Fernández de Córdoba, Juan Alaminos y Felipe Solís, actuaron como padrinos de don Antonio; por parte del Infante don Enrique fueron elegidos Federico Rubio y Emilio Santamaría, señalándose el día 12, a las once en punto de la mañana, en la Dehesa de los Carabancheles como día y lugar del duelo. Al tercer tiro don Antonio alcanzó al Infante en la cabeza, falleciendo en el acto. Con este fatídico tiro no sólo se puso fin a la tormentosa vida del infante don Enrique, sino, también, a las aspiraciones de don Antonio a la corona de España. Así lo veía uno de su más entusiastas partidarios:

⁴⁵ El documento completo lo podemos encontrar en GUICHOT Y PARODY, J., *Historia de la ciudad de Sevilla* ..., op. cit., pp. 349-351 y en MORAYTA, M., *Historia General de España*, Madrid, 1983, t. VIII, pp. 753-754.

⁴⁶ SAGRERA, A., op. cit., pp. 162-163

⁴⁷ *Ibidem*, p. 163.

«Ha probado usted lo que nadie puso jamás en duda, que es usted un hombre de honor tan valeroso como honrado; pero Dios no quiere que pueda usted aspirar a sentarse en el trono de España»⁴⁸.

SEVILLA REPUBLICANA

Sevilla fue la gran decepción de don Antonio. La ciudad que había acogido con tanto cariño a su mujer y a sus hijos, que se había convertido en su hogar y por la que tanto había hecho se volvía ahora contra él. Desde el exilio Montpensier se mostraba insatisfecho con el trato que estaba recibiendo en Sevilla:

«Mucha pena me ha causado lo mal que se portan con nosotros en Sevilla, dejándonos nuestros amigos atacar, sin defendernos, en la prensa, en lo clubes, en las reuniones públicas... ¿Que hacen tantos que tan bien estaban y lo fueron hasta las horas de nuestro destierro? Hace muy mal efecto esta actitud de Sevilla en España y fuera de España, y muchos la explotan contra nosotros...

Madrid está mucho mejor que Sevilla, ya lo esperábamos, pero nunca creí que en Sevilla... (Lisboa, 5 de septiembre de 1868)»⁴⁹.

Los «amigos» sevillanos desaparecieron de pronto. Aquellos que tanto se beneficiaron de la posición y el dinero de los Duques guardaban ahora silencio frente a las graves acusaciones que se vertían en contra de ellos. Y lo peor aún no había llegado.

La ciudad se pronunció a las ordenes del general unionista Rafael Izquierdo, segundo en el mando militar de Sevilla, constituyéndose una junta revolucionaria que asumió el gobierno de la capital. La radicalización del movimiento hacia tendencias republicanas afectó muy negativamente la candidatura del Duque. Ante este hecho, el vicecónsul francés en Sevilla se cuestionaba la viabilidad de la candidatura de los Montpensier a la corona de España en estos momentos⁵⁰.

Don Antonio a pesar de sus intentos de crearse un numeroso grupo de adeptos no contó nunca con el apoyo sólido de un partido

⁴⁸ GUICHOT Y PARODY, J., *Historia de la ciudad de Sevilla...*, op. cit., p. 375.

⁴⁹ SAGRERA, A., op. cit., p. 139.

⁵⁰ ADN., *Consulat de Séville*, Carton N^o16, 19-9-1868.

en el que asentar su candidatura. En Sevilla se le aceptaba, incluso se le reconocían determinadas virtudes domésticas, pero nunca se le llegó a apreciar ni se olvidó su condición de príncipe extranjero. Esta situación dio lugar a que en los primeros meses de la revolución la candidatura de los Duques no tuviese ninguna base en Sevilla y su provincia.

Ante el cariz que estaba tomando el conflicto y las prácticamente nulas posibilidades de Montpensier, el vicecónsul francés asegura que el general Serrano, que se sentía obligado hacia don Antonio, envió un emisario a Lisboa para explicarle al Duque la situación, comunicándole que en vista de los acontecimientos la suma de 17 millones de reales que don Antonio había aportado a la revolución le serían devueltos⁵¹.

El día 19 de octubre un nuevo motín ponía fin a la segunda Junta Revolucionaria. Las nuevas elecciones apartaron del poder a los miembros más moderados, dejando el control de la Junta en manos de los demócratas. Mientras, en las calles de la ciudad hispalense se oían consignas como: «¡Viva el programa de la Junta!, ¡abajo la dinastía directa e indirecta!». Palabras dirigidas, sobre todo, contra el Duque y en protesta de un eventual retorno de los Infantes a Sevilla. De hecho, a mediados de octubre, los Montpensier solicitaban al gobierno del general Serrano que les permitiese volver a España, si no a Madrid, cuando menos a Sevilla, pero el Regente les aconsejó que retrasasen su vuelta. Don Antonio veía, así, como la revolución y su dinero se les iban de las manos y como la tan ansiada corona parecía también alejarse.

Por otro lado, tampoco los progresistas sevillanos estaban por la candidatura de Montpensier; de hecho, el presidente del comité progresista de la ciudad hispalense, Antonio Aristegui, era partidario de la tendencia de Prim. Así, el 21 de octubre, los progresistas junto con algún unionista se reunieron en la casa Lonja para aprobar la forma de gobierno monárquico constitucional y excluir, a propuesta de don Antonio Machado, las ramas de los Borbones y de los Orleans.

Por su parte, el partido demócrata que había participado activamente en la preparación y desarrollo del alzamiento, veía como unionistas y progresistas no sólo le usurpaban su programa sino,

⁵¹ Este dato no hemos podido cotejarlo hasta ahora con ninguna otra fuente; de cualquier forma, nos da una idea de la fuerte inversión hecha por el Duque y de su situación respecto a la Corona en estos momentos. ADN., *Consulat de Séville*, Carton N^º16, 15-10-1868.

también, el poder. Esto, junto a la aparición de un régimen de libertades y al predominio de las tendencias republicanas dentro del partido, les llevó al tránsito hacia un nuevo partido. El 11 de noviembre, los demócratas sevillanos se agrupaban en el nuevo Partido Republicano Federal⁵².

Esta crítica situación por la que atravesaba el país y la Revolución, llevó al gobierno del general Prim a poner en práctica, el 17 de noviembre, el decreto de reorganización de milicias ciudadanas. Esta medida provocó el recelo de los republicanos que consideraban que la orden iba encaminada a desarmar los Batallones de la Libertad, dominados por los demócratas-republicanos. Nuevas insurrecciones armadas estallaron especialmente en Andalucía, siendo particularmente graves en El Puerto de Santa María y en Cádiz, durante los primeros días de diciembre⁵³.

En la capital hispalense el ambiente preelectoral se caracterizó por una conflictividad que afloró en un gran número de rumores y pequeñas algaradas de escasa participación. Entre los rumores estaba un posible intento de saqueo del Palacio de San Telmo, que recogía la prensa madrileña y que, sin embargo, la prensa sevillana revolucionaria, *El Porvenir* y *La Andalucía*, negaba rotundamente⁵⁴.

Mientras, a través de la prensa, don Antonio conocía los disturbios que estaban teniendo lugar en Andalucía, y creyó que había llegado el momento de volver a España y demostrar que estaba dispuesto a luchar por la Revolución. Sin permiso del gobierno, el Duque cruzó la frontera llegando a Córdoba, pero aquí se encontró con dos circunstancias que determinaron su inmediata vuelta a Lisboa. La primera, el hecho de que la sublevación ya había sido sofocada. La segunda, la postura del gobierno provisional, que podemos ver en el telegrama que el Ministro de la Guerra le dirigió al General en Jefe y Capitán General de Andalucía:

«El Gobierno tiene noticia que el duque de Montpensier se dirige a Cádiz. En cuanto se presente, sírvase manifestarle que su presencia puede agravar la situación política, y que por lo tanto el Gobierno respetando sus intenciones, le ordena regrese inmediata-

⁵² Un estudio detallado de la revolución sevillana lo encontramos en ARIAS CASTAÑÓN, E., *Republicanismo y vida política en Sevilla, 1868-1874*, TLI., Universidad de Sevilla, 1986, p. 51 y ss.

⁵³ OLIVAR BERTRAN, R., *Prim*, Madrid, Giner, 1975, p. 468.

⁵⁴ ARIAS CASTAÑÓN, E., op. cit., p. 95.

mente a Portugal. Tenga V.E. que el gobierno no ha tenido el menor conocimiento de la venida del Duque a España. (Madrid, 12 de diciembre)».⁵⁵

De vuelta en Portugal don Antonio decidió, en carta dirigida al director del periódico *La Política*, dar pública explicación de su frustrada marcha a España y defenderse de las acusaciones que se le hacían, entre ellas la de no haber luchado nunca por España y la de no haber intentado salvar la corona de su cuñada⁵⁶.

A finales de diciembre el asunto de las milicias aún seguía latente. El 26 de dicho mes el general Caballero de Rodas, enviado especial del gobierno, llegaba a Sevilla después de pacificar Cádiz; su misión era la de desarmar la milicia. Una comisión de las principales autoridades de la ciudad intentó evitar que Caballero Rodas tuviese que entrar con sus tropas en la ciudad, pero no consiguió llegar a un acuerdo. Por su parte, el comité republicano aconsejó entregar las armas. Pese a todo, el general no dudó en distribuir sus batallones por puntos estratégicos de la capital. La respuesta de parte de la milicia fue la movilización el día 3 de enero de 1869, tomando varias calles y construyendo barricadas⁵⁷. En cualquier caso, esta vez, don Antonio no se movió de Lisboa.

* * *

Durante los meses de febrero y marzo tuvo lugar un nuevo impulso del republicanismo sevillano por medio de actividades en clubs, prensa y manifestaciones, lo que no contribuyó en nada a mejorar las expectativas de los Infantes a la Corona.

Sin embargo, la renuncia del rey Fernando, en marzo de 1869, hizo que las posibilidades del Duque aumentaran, aunque don Antonio seguía viéndolo todo muy confuso:

«Todo sigue oscuro en Madrid. Aquí no *quiere nadie nada* que huela a Unión Ibérica, y el Rey don Fernando vino el lunes a decirme que haga saber a todos en España que ni ha *aceptado*, ni

⁵⁵ GUICHOT Y PARODY, J., op. cit., p. 345.

⁵⁶ *Ibidem*, pp. 346-349.

⁵⁷ *El Porvenir*, 6-1-1869.

accepta, ni *aceptará* la Corona y que soy su *candidato*. Lo primero lo he hecho saber; lo segundo *no*. Le aprietan mucho de Francia y está algo apurado. (4 de marzo de 1869)»⁵⁸.

Sin embargo a mediados de junio la candidatura del Duque, que había estado completamente abandonada durante algún tiempo, parecía, de repente, tomar el camino de la oportunidad, aunque su popularidad seguía siendo más bien escasa. Con estas nuevas esperanzas y con la invitación del Ayuntamiento de Cádiz, de mayoría republicana, los Orleans volvían, por fin, a Sanlúcar de Barrameda. Las autoridades gaditanas esperaban que con la llegada del Duque se reanudasen las actividades en sus fincas y comenzasen de nuevo las inversiones y las ayudas de los Montpensier a la comarca⁵⁹. Sin embargo, en Sevilla no se recibió muy bien la noticia de la vuelta de los Duques: «La Tollé général qu'a soulevé a Séville l'arrivée du Duc de Montpensier c'est caractérisée davantage depuis deux jours».

Los republicanos convocaron un gran mitin para el día 16 en la plaza de toros de la ciudad para escuchar al diputado Fernando Garrido. Se calcula que unas 20.000 personas llenaron la plaza. El acto comenzó con la lectura de un telegrama de Sanlúcar, anunciando la llegada de los duques de Montpensier y la protesta que los republicanos de esta localidad habían hecho. El acto terminó con tres propuestas:

«1º.- Que el comité republicano de Sevilla telegráfie a todos los de España para protestar contra la llegada de Montpensier.

2º.- Que sea nombrada una comisión encargada de solicitar al Ayuntamiento la expulsión del dicho Montpensier y de todos los Borbones que regresen ha España.

3º.- Que la misma comisión manifieste al Gobernador Civil en nombre del pueblo el descontento con el que se a visto la vuelta de Montpensier».

Por su parte la prensa de la ciudad esperaba que el Duque no desafiase a la opinión pública hasta el punto de venir a Sevilla, lo que decían podría provocar graves disturbios⁶⁰. Don Antonio, que lo último que quería era soliviantar aún más los ánimos, permaneció en Sanlúcar de Barrameda durante todo el verano, siguiendo muy de cerca los

⁵⁸ SAGRERA, A., op. cit., p. 150.

⁵⁹ *Ibíd.*, p. 152.

⁶⁰ ADN., *Consulat de Séville*, Carton N° 16, 18-6-1869.

acontecimientos sevillanos y a la espera de que los espíritus se sosegasen para volver a San Telmo.

El día 18 de junio los republicanos continuaron su campaña contra el Duque, convocando una manifestación en la Alameda de Hércules que concentró a unas tres o cuatro mil personas. No obstante, a pesar de la violencia de los discursos y de los esfuerzos de los organizadores, el mitin no produjo el gran efecto que esperaban. En primer lugar, fue mucho menos numeroso de lo que habían previsto y, en segundo lugar, la opinión pública parecía estar ya bastante calmada⁶¹.

Los conflictos se reanudaron a principios de octubre: el día 6 una nueva revuelta republicana obligó al ejército a tomar la ciudad, proclamando el estado de sitio. Don Antonio no quiso permanecer esta vez en Sanlúcar. El día 7 volvió solo a Sevilla, mientras la familia permanecía en la playa. Montpensier, en un nuevo intento de afianzar su posición en la ciudad hispalense, visitó a las principales autoridades, recibéndolas más tarde en San Telmo; también se dedicó a visitar a pie los cuarteles más populares de la ciudad, acompañado de un oficial de ordenanza.

La euforia revolucionaria de los republicanos federalistas sevillanos pareció calmarse a mediados de octubre. Una vez controlada la situación todos los Orleans volvieron por fin a Sevilla. El día 25, a las 6 de la tarde, la Infanta acompañada del Duque y de sus hijos desembarcaban de nuevo en la ciudad por la que tanto habían llorado. Ninguna autoridad los esperaba, ni tampoco les fueron rendidos honores, aunque sí convocó a un cierto número de curiosos que los esperaban en el enrejado del Palacio y sobre el paseo público⁶². Ya en Sevilla, el Duque y su familia dedicaron todos sus esfuerzos a dar una imagen intachable que les ayudase a ganar puntos en la carrera al trono. La actividad de Palacio era más intensa que nunca, intentando cubrir todas las actividades posibles, teatros, paseos, actos públicos etc. Por otro lado también intentaban acercarse al pueblo mostrando sencillez y renunciando a algunos privilegios, como a la guardia de honor que le correspondía en calidad de Capitán General; o a la etiqueta cortesana que con tanto rigor se había mantenido durante el reinado de Isabel II. Pero los tiempos y los intereses cambiaban, ahora se trataba de hacer ver a los republicanos y a las clases medias que eran sencillos y que estaban cerca del pueblo en sus cos-

⁶¹ *Ibidem*, 23-6-1969.

⁶² *Ibidem*, octubre de 1869.

tumbres, y que, en definitiva, al igual que su padre, don Antonio no era más que un burgués.

La fragmentación del Partido Revolucionario Federal de Sevilla, el fracaso de las últimas revueltas republicanas, los esfuerzos de Montpensier por mejorar su imagen y, como no, su dinero, habían acabado con las manifestaciones públicas en contra de su candidatura, pero como señaló el vicecónsul francés tampoco se daban manifestaciones a favor de él. Sin embargo, parecía que la tenacidad de Montpensier empezaba a dar sus frutos. Desde Sevilla se inició una recogida de firmas para que en la Cámara se presentase oficialmente la candidatura del Duque. A la petición sevillana se unieron otras ciudades andaluzas como Granada, Córdoba, Málaga, Sanlúcar o Carmona⁶³.

* * *

Los primeros meses de 1870 don Antonio los pasó en Madrid visitando viejos amigos como Ruiz, Izquierdo o Topete, y dejándose ver, al igual que hacía en Sevilla, en paseos y teatros. Pero, para desgracia de don Antonio, poco antes de volver a Sevilla, el infante don Enrique publicaba su nefasto escrito que desencadenó el duelo del 12 de marzo de 1870. No obstante, y a pesar de que la muerte del Infante le cerraba las puertas de acceso al Trono, don Antonio y su grupo de allegados no quisieron renunciar a sus esperanzas monárquicas⁶⁴.

Los adeptos a la causa de los Montpensier, en estas fechas, tenemos que buscarlos en las clases medias, cuyo silencio se había roto a raíz de la radicalización de la revolución. No obstante, no contaba con el apoyo de la aristocracia que, en parte, era afecta a la causa carlista y, en parte, al príncipe Alfonso. Escaso apoyo tenía también entre las clases populares, ya que éstas o eran republicanas o «carecían de opinión»⁶⁵.

En octubre el gobierno de Prim se había decidido por la candidatura del duque de Aosta. Entretanto, Montpensier había afianzado su posición en Sevilla. El vicecónsul francés asegura que toda la guarni-

⁶³ ADN., *Consulat de Séville*, Carton N° 16, 16-10-1869.

⁶⁴ GUICHOT Y PARODY, *Historia de la ciudad de Sevilla...*, op. cit., p. 374.

⁶⁵ ADN., *Consulat de Séville*, Carton N° 16, 11-10-1870.

ción de la ciudad de Sevilla estaba con don Antonio, por ello el gobierno, en previsión de una nueva sublevación, había mandado tropas fieles a él y al nuevo rey que surgiese de las Cortes. En cualquier caso, la Corona estaba definitivamente perdida. El 16 de noviembre las Cortes Constituyentes se reunieron para elegir al nuevo rey, las votaciones fueron las siguientes: duque de Aosta, 191 votos; la República federal, 60 votos; duque de Montpensier, 27 votos; duque de la Victoria, 8 votos; don Alfonso de Borbón 2 votos; la República -sin más precisiones- 2 votos; la infanta Luisa Fernanda, 1 voto; en blanco, 19 votos. Don Amadeo de Saboya se convertía así en el nuevo rey de España⁶⁶.

Don Antonio tampoco se resignó esta vez. Consciente de la inviabilidad de su candidatura, aún fracasando el gobierno del nuevo rey, comprendió que el futuro estaba en el joven príncipe de Asturias y hacia él se volvieron todos: orleanista y borbones. Las esperanzas de Montpensier se centrarían, a partir de ahora, en conseguir la regencia para él durante la minoría de edad de su sobrino y la corona para su hija, María de las Mercedes, cuando llegase el momento.

⁶⁶ VV.AA., «Revolución y Restauración 1868-1931», *Historia General de España*, op. cit., p. 193.